

Tiempo de utopías

Lo imposible necesario

Juan Domínguez Lasierra

Utopía, utopía... ¡cuántos crímenes se han cometido en tu nombre! ¡Pero cómo no sentirnos impelidos por lo utópico! No seríamos verdaderamente personas, seres humanos.

Todos somos utópicos. En mayor o menor grado, en su objetivo individual o altruista. Soñamos con ser millonarios o con un mundo de perfección, en el que imperen la libertad y la justicia. Sin un fondo utópico, qué falta de perspectivas en nuestra vida, qué cruda frustración vital, qué inanidad existencial. Sin ese ramalazo utópico estaríamos aún en la época de las cavernas. Así que viva la utopía, manque pierda. Porque pierde batallas, pierde guerras, pero aun así sigue, impertérrita, esperando su oportunidad.

Hace años, siendo jovencito, me asaltó el interés por lo utópico. Cómo no, si la juventud y la utopía son inseparables, o deberían serlo. Y me puse a leer a los clásicos en la materia: Tommaso Campanella y su *Ciudad del sol*; Francis Bacon y la *Nueva Atlántida*; las *Noticias de ninguna parte*, de William Morris; por supuesto *Utopía*, el clásico de Tomás Moro —aquellos libritos de la editorial Zero, tan cristiano-roja, de los comienzos de los setenta...—. Todo me parecía fascinante, fantástico, revelador, había descubierto mi verdadero horizonte, la utopía... (marginando aspectos muy de época, claramente superados). Pasión que se esfumaba en cuanto levantabas la vista del libro, porque nada a tu alrededor permitía el menor atisbo de tal desiderátum.



Terriblemente humano (Mauro Ala Razor)

De todas formas, aquella querenia utópica de mi juventud nacía en un caldo de cultivo muy propicio, la revolución estudiantil del 68, el movimiento hippie, la irrupción de los Beatles... La política de la flor en toda su ingenuidad adolescente. Todavía quedan naufragos —dicen— de aquel deslumbramiento en algunas islas mediterráneas —que el frío y el hippismo no casaban bien— con ancianos arrugados como pasas que han sobrevivido a base de coles e insectos.

Aunque antes estuvieron las utopías de mayor calado político, los falansterios, las comunas, el comunismo, el anarquismo..., y ya sabemos cómo acabaron, a tiros o en campos de concentración. Ellas propiciaron, por ejemplo, en España la guerra civil. Huxley y George Orwell les dieron su puntilla literaria. Aunque la imaginación creativa renacería luego en cientos de libros, fanzines, películas... que nos hielan el corazón con sociedades que, en pro de la igualdad, anulan la singularidad humana. Un desastre. Un infierno.

Si el suelo del infierno está empedrado de buenas intenciones, otro tanto puede decirse de las utopías. A la naturaleza humana le va más la injusticia, el desorden, la competencia, la diferencia, el contraste, que la uni-

formidad del café para todos, que suele ser a la postre muy insípido. Porque hay muchas clases de café, salvo para las utopías, que solo hay una, la descafeinada. Qué le vamos a hacer. Porque en el fondo de toda utopía, por muy altruista que sea, anida el totalitarismo: un escenario perfecto, igual para todos los hombres, no tiene en cuenta que la felicidad es individualista, que la perfección es subjetiva, y que, en un *program* utópico, alguien, algunos, han de decidir en qué consiste lo perfecto. Lo que más se ha acercado en nuestra sociedad a esos intentos de perfección es la democracia, que ya se dice que es el menos malo de los sistemas políticos. Pues a él deberemos conformarnos, con todas sus limitaciones. Y, sin embargo, necesitamos creer en el mejor de los mundos posibles, para todos. Nostalgia del Paraíso perdido, aspiración a un Cielo eterno, aquí en la Tierra.

Los que estamos contagiados por el virus utópico, enfermos de aspiraciones a la justicia y la libertad universales, no nos rendimos tan fácilmente, y siempre podemos recurrir a eso de la “utopía posible” —cuántas veces lo habremos empleado optimistamente en cientos de artículos—, aunque sepamos que es un anacoluto, porque toda utopía lleva en su misma naturaleza su imposibilidad. La cuadratura del círculo. Pero no va uno a andarse con estas pequeñas sutilezas matemáticas. La utopía encierra, en su inefabilidad, una aspiración irrenunciable.

Lo imposible es necesario. Este es el dilema de la utopía.